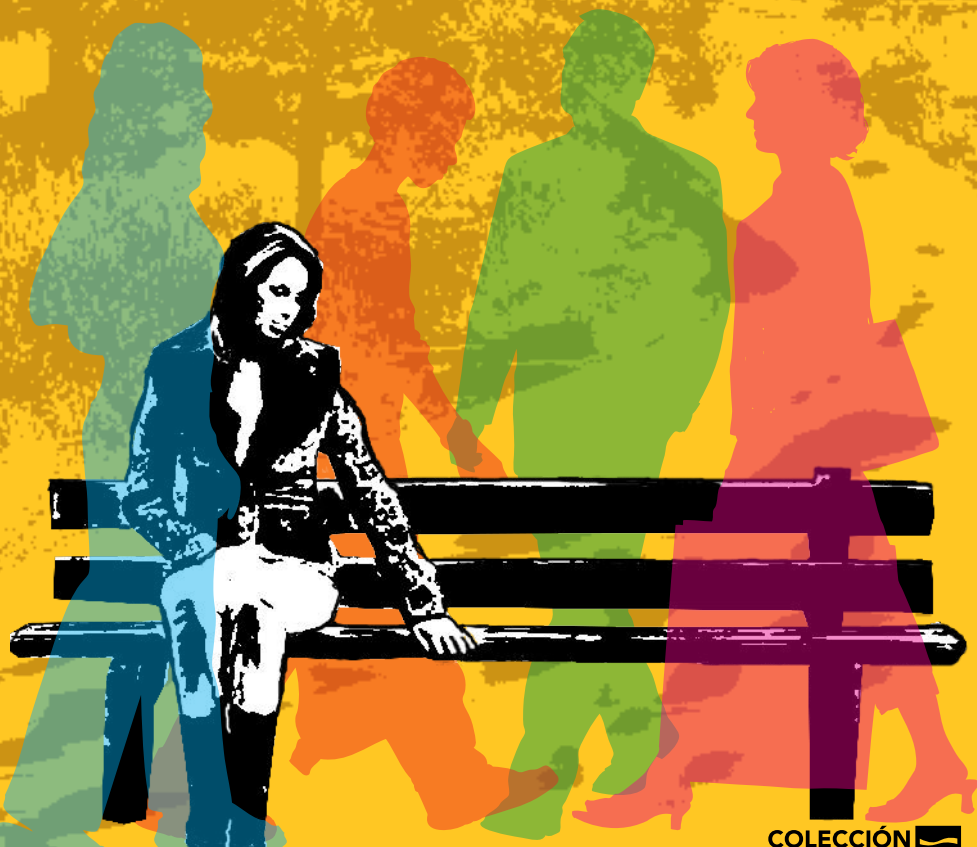


Las voces

Magaly Monserrat



COLECCIÓN
AGUA FIRME



Las voces

COLECCIÓN 
AGUA FIRME

Las voces

Magaly Monserrat



Las voces
© Magaly Monserrat
Primera Edición 2015

ISBN:978-607-8222-78-0

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales
Directora General
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Desde la mujer que soy,
a veces me da por contemplar
aquellas que pude haber sido
Gioconda Belli

Una cosa

—Una cosa sí te voy a decir, Malenita, una cosa es saber que tu tío Esteban tiene una amante y otra cosa distinta es comprobarlo. El día que la fulana, si es que existe, se atreva a llamar a esta casa, entonces sí Malenita, tu tío Esteban me va a conocer.

La tía Clara es una señora robusta, de sonrisa noble y tez blanca, gustosa de hablar y hablar en las sobremesas por largas horas, mientras espera la siguiente comida. La familia sabe desde hace ya bastante tiempo de los amoríos de su esposo con una joven, aunque ella se niegue a aceptarlo.

Alguna vez le comenté, sin afán de herirla, que vi al tío en el cine en compañía de una mujer joven.

—No, Malenita, eso no puede ser, viste mal, él siempre llega temprano a la casa y cuando no, es porque anda en juntas de la oficina. Trabaja tanto el pobre, y yo estoy agradecida. Dime, Malenita, ¿cuándo has visto que me falte algo? Además, hasta no verlo no creerlo. Son figuraciones, meras figuraciones tuyas, Malenita.

Ese día supe que no era necesario decirle a Clara que Esteban tiene otra mujer, ella lo sabe y le agradece,

porque él no la ha dejado, y si ella puede vivir con eso, ¿por qué nosotros no?

Ahora, una cosa es verlo desde fuera y otra cosa distinta, como lo diría Clara, es ser actriz de esta farsa.

A lo que quiero llegar es a lo ocurrido hace unos meses, cuando conocí a un hombre, no voy a decir perfecto, ni guapo, ni adinerado, que a la primera mirada me hizo sentir una descarga eléctrica recorriéndome, y aunque sea un lugar común, eso sentí y no puedo describirlo de otra manera.

En muy pocas semanas la atracción aumentó. La cercanía fue inevitable, nuestros escritorios en el tribunal están casi encimados, permanecíamos juntos por horas y horas en las cuales descubrimos grandes afinidades entre ambos.

Lo peor no fue enamorarme, ni sentirme vulnerable ante ese amor, lo terrible fue no preguntar a tiempo su estado civil, o tal vez, al igual que la tía Clara, pero jugando en el equipo contrario, no quise enterarme de una obviedad.

La risa se me vuelve un nudo que me impide respirar y el tono se torna áspero de a poco. Ya mencioné lo del enamoramiento, pero si enamorarse bajo condiciones correctas es difícil, imaginen ustedes que esto ocurra con la persona equivocada y en las condiciones menos propicias.

Primero creí que no me importaría el detalle de su matrimonio, pues al saberlo decidí continuar; después puse de condición, para seguir, que pese a cualquier circunstancia lo primero para él siempre serían sus hijos y su mujer.

Cuando por casualidad sabía de los pleitos en su matrimonio, yo tomaba partido por ella, le decía cómo consolarla y pedirle perdón. Algunas veces le recordé los cumpleaños de los hijos, de la suegra, de las cuñadas, y en ocasiones escogí el regalo de cumpleaños para su mujer.

—Al fin que tienen los mismos gustos —aseveró Carlos en varias ocasiones.

Me convertí en la pareja perfecta y me agradó serlo, porque una cosa es ser la amante y otra cosa es ser una mala persona, y para mí ya era mucha la carga de vivir en medio de su matrimonio, como para todavía ser la que destruyera una familia.

Las cosas marchaban bien cuando, de pronto, me envolvió la curiosidad de saber si ella tenía idea de mi existencia, como yo de la de ella. Aunque sólo la conozco por pláticas, la estimo, me agrada que respete el sacramento del matrimonio, que luche por su familia y no se divorcie de Carlos, no por obsesión, sino por buscar solución a sus problemas.

Pienso con frecuencia en la tía Clara, ¿imaginará acaso cómo es la mujer del tío Esteban? Una tarde, mientras comía una rebanada de pastel con ella, pregunté de súbito y sin reflexionar:

—Tía, ¿has sabido algo de la novia del tío Esteban? Me refiero a si la conoces. ¿Es una mujer joven, bonita, estudiada, capaz, emprendedora? —luego me dio pena y me contuve, pero ya era tarde.

—¡Ay, Malenita! y dale con el asunto, yo qué voy a saber siquiera si existe la mujer esa, a lo mejor son inventos de tu tío para darse aires de que todavía las puede con

jovencitas. Una cosa es la realidad y otra cosa los inventos del hombre. ¿Quieres otra rebanada de pastel?

La tía cortó la plástica y para evitar el regreso a la misma trajo una revista y me enseñó un vestido horrible, lleno de flores y con un escote inapropiado para una señora con el busto caído y la piel del cuello marcada con arrugas. Dijo que copiaría el modelito y lo mandaría a hacer con la costurera. Porque una cosa es andar a la moda y otra cosa es gastar los ahorros en ese vestido tan caro por más bonito que esté.

Esa acción era la forma de escapar de una realidad inminente, la manera de la tía para evadirse del dolor. La mal juzgamos antes, la creímos banal en sus juicios. Su evasión no era incredulidad, sino la coraza extendida ante la adversidad.

Luego pensé en la mujer de Carlos, ¿sería ella tan infeliz como mi tía? ¿Odiaría en silencio a una mujer que tiene por título el de amante, aún sin conocerle el rostro y el nombre? Abrumada por ese par de preguntas, me sentí pequeña, una mala persona.

El primer lunes de ese mes, la tía me llamó, me contó la historia de una amiga de ella que estaba en proceso de divorcio y me pidió asesoría legal, me extrañó que anduviera haciendo ese tipo de favores, una mujer como ella, siempre en pro del matrimonio.

Al paso de los días me incomodó más la situación con Carlos. Una mañana que él llegó al departamento lo miré fijo a los ojos, y casi pude advertir la figura de Ella en sus pupilas, como un paisaje que se observa a diario y se queda grabado a fuerza de ser el mismo. Desde esa ocasión los encuentros se tornaron inaguantables.

El día que vi llorar a la tía Clara en el cuarto de lavado, tomé la decisión de abandonar a Carlos sin miramientos; pero, ¿cómo? Antes lo intenté sin éxito. La solución era irme de la ciudad, ¿irme? ¿A dónde y tan de súbito? Sí, irme a donde fuera.

¿Qué explicación daría a los demás? Cambiar de residencia no estaba en los planes, pero tampoco lo estuvo en su momento entrar a esa relación desgastante. Mis explicaciones nadie las merece, total, soy una mujer adulta; y conseguir trabajo para una abogada no es complicado.

¿Y Carlos? ¿Acaso merece algún tipo de explicación? Él fue honesto conmigo, tal vez hasta me quiere. Mientras pensaba en ello, tomé la maleta y empaqué lo indispensable.

Al llegar a la terminal, revisé los horarios. El sitio correcto era “a donde fuera el próximo camión”.

—Señorita, un boleto por favor a...

Subí al autobús, avanzó cadencioso primero y luego con bamboleos por la serranía. Me despojé de la mirada de angustia que se reflejó durante unos cuarenta minutos en el vidrio de la ventana. Mi rostro lució tranquilo.

Pensé en Carlos, en los gestos surgidos al leer la nota que dejé en la puerta del refrigerador de nuestro departamento, ¿la creerá o sabrá que es un mero artificio para poner distancia entre los tres? Ése ya no era mi problema. Me dio gusto ser solidaria con ella, contribuir al fortalecimiento de su matrimonio. Tal vez la quiero más que a Carlos. Sonreí con sarcasmo. Repasé la nota que dejé para él.

Carlos:

Cuando leas el mensaje, estaré en otro lugar y aunque desconozco la geografía a recorrer, estoy segura que tomaré el rumbo correcto, alejada de ti y de ella. Me voy en busca de un poco de paz. Busco ser buena, abandonar los remordimientos. Quiero dejar de ver en el rostro de la tía Clara el de tu mujer negando la existencia de tu doble vida, ella debe intuirme pero calla, el silencio es mejor que afrontar la realidad. Me voy. No me busques, no me encontrarás por ningún medio.

Malena

A la mañana siguiente al descender del autobús sonó mi teléfono. Era la tía Clara, primero dudé en contestar, luego de tres llamadas supuse que era una emergencia.

—Malenita, tenías razón, pero, ¿cómo iba yo a saberlo? Tu tío Esteban tiene una amante. Aún no doy crédito. Malenita, me voy a divorciar, porque una cosa es que una sospeche que su esposo tiene una aventura y otra cosa es comprobarlo. Malenita, tú que sabes de esto asesórame, por favor, dime, ¿qué porcentaje de los bienes es para mí?

Homominia

Cuando supe de ella, me emocionó la idea de ser la sombra de una sombra. Ni siquiera la conocí. Nunca vi su fotografía sobre la mesa de la sala, alguna prenda en los cajones del closet, sus cabellos en los cepillos, ni su aroma en las sábanas. Me gustó la forma en que desapareció.

Gustavo no habla del pasado, pero yo sé, por pláticas de otros, que su ex mujer se llama también Marcela. Se refieren a ella como la difunta Marcela, la ex Marcela, o la Marce que se fue; esto en voz baja para no ofenderme, cuando creen que no los escucho. Me agradó la homonimia, de tal forma que si la relación no funcionaba y él tenía que maldecir a alguien por ello, sería un nombre que maldijo antes, pudiendo achacar el fracaso a que es propio de las marcelas y no propio de su servidora. Me sentí tranquila de escribir una nueva historia sin mi firma.

Una tarde, al regresar a casa, pensé que era un buen momento para renovar mi repertorio de frases hechas. Pensé en las frases que Marcela pudo haberle dicho a Gustavo, palabras de ella, incapaces de comprometer mis sentimientos y que él creyera mías; algo así como, claro,

mi amor; por supuesto, mi vida; yo también te quiero; o hasta, un Gus, te amo. Bastaría cualquier conjunto de palabras hilvanadas con algo de gracia.

Aparte de saberme homónima, sentía curiosidad por saber si éramos parecidas en cuanto al físico y las actitudes. Cuando tenía espacio para pensar en algo que no fueran números, jugaba a adivinar detalles de la relación anterior de Gustavo; otras ocasiones las aproveché para preguntarme cómo era la otra Marcela, cómo vestía, cómo hablaba.

Dichas preguntas las respondí conforme la inventé, siempre a mi conveniencia; pero en cierto momento ya no fue suficiente la imaginación.

Me empeñé en conocerla, aunque primero debía encontrarla. A escondidas, del estudio de Gus, tomé una agenda vieja, un recibo de teléfono, un álbum que hasta ese momento supe que él escondía tras las botellas de la cava. Puse los objetos en mi bolso y ya en el carro los revisé con calma. La letra “R” fue arrancada. Un número marcado 87 veces en el recibo tenía una raya negra encima de marcador indeleble. Y en el álbum vi fotografías incompletas. Sólo eran perceptibles unas pantorrillas oscuras.

Ahora tenía algunas pistas: morena y de seguro su apellido iniciaba con la letra R. Podía ser Marcela Rodríguez, Robles, Ruíz, Rodarte, Ramírez; había demasiados apellidos con esa letra.

Llegué a casa con la intriga, pero no impidió que continuara la lectura del libro que me había prestado Gustavo unos días antes. En él encontré un boleto de una rifa de la facultad de medicina, de la especialidad en pediatría. El

boleto era de precio altísimo, se tuvo que sentir casi obligado para adquirirlo a ese costo. Se me reveló entonces una nueva pista.

La búsqueda se acotó a las marcelas, apellidadas con R, morenas y de profesión pediatras. Cada vez me sentía más cerca de ella.

En la guía telefónica encontré a Marcela Rendón, pediatra. Luego le conté a mi mejor amiga una historia que ni yo entendí, todo para que me prestara a su hijo enfermo de catarro y tener la coartada perfecta para conocer a la ex; mi amiga accedió sin hacer preguntas con tal de deshacerse del niño y dormir un rato.

Llegué con la doctora. Me presenté:

—Soy Marcela Mireles, mamá primeriza del niño enfermo.

Se extrañó, tal vez ninguna madre llegaría con tanta solemnidad a verle.

—Por favor, ponga al niño en la cama. ¿Cuánto lleva con fiebre? ¿Qué edad tiene? ¿Alergias? ¿Fue prematuro? ¿Algún padecimiento congénito?

Mientras proseguía con el interrogatorio, al cual apenas pude contestar con titubeos, la miré. Morena, menuda, de dientes blancos y bien alineados, con las manos pequeñas y delicadas. Sus zapatos de tacón altísimo, la ropa no la pude distinguir, sólo vi un collar de perlas pegado al esbelto cuello, de su bata de médico desprendía olor a violetas. Sus ademanes, aunque pausados; eran firmes; en contradicción, su voz sonaba tierna, como la de una mujer que se siente madre de una enorme cantidad de hijos enfermos.

—No es nada, señora, es una gripita de temporada, se le quitará pronto.

Me dio la receta y recomendaciones que no entendí. Después entregué, justo a tiempo, al niño con su madre, a tiempo para que ella soportara los llantos; dejé la nota médica en la mesa y salí de prisa antes de que el pequeño me rompiera los tímpanos con sus chillidos.

Empecé a imitar los ademanes, los gestos, el tono de voz, y hasta compré el mismo perfume de la difunta Marcela.

Un día, Gustavo me miró distinto, seguro porque también yo era distinta. Me sonreía con ternura, pronunciaba palabras cursis, íbamos al cine, a andar por la plaza de la mano y me hacía el amor con ternura. Parecía más enamorado de mí que antes.

Me gustó su trato. Gus tenía todo lo que desea una mujer enamorada. Un momento. ¿Enamorada, yo? Estaba enamorada de él? Eso no podía ser posible, ni siquiera lo advertí. ¿Cuándo pasó? ¿Cuándo deshice el pacto conmigo de no involucrar sentimientos, sino de conservarme a la expectativa calculándolo todo? No estaba dispuesta a sufrir.

La noche del martes vimos televisión hasta tarde acostados en el sofá. De pronto me besó de una manera distinta, me vio, como si buscara o reconociera algo en mi rostro. Dijo mi nombre y luego agregó un: te amo.

Tuve la sensación de que estaba oyendo cómo le decía te amo a otra mujer. En realidad, Gustavo amaba a Marcela la doctora, no a Marcela la contadora; la mujer a la que besó no era yo.

Me levanté del sofá y le dije que me iba, que debíamos terminar, que me ofrecieron auditar unos negocios en el extranjero, que no podía seguir más con él. Su mirada se desorbitó. Alcanzó a preguntar.

—¿Por qué?

—Porque así es la vida —mencioné aún con voz firme, pero no atinada.

Tomé mis cosas y abrí la puerta. Él seguía petrificado, sólo articuló una pregunta más.

—¿Tú también me dejas?

—Sí, yo también, Gustavo —dije, mientras abría la puerta y me pegaba las manos al pecho para sujetar mi dolor.

La felicidad sugerida

Fui Lorena Higareda, una mujer feliz, madre de cuatro hijos, tuve un esposo y dos amantes. Ahora sé que mi vida son las páginas escritas en este diario, el cual releo en las tardes soleadas, cuando la luz es intensa y mis ojos se vuelven fuertes.

Recuerdo menos de lo que dicen estas hojas, tal vez describí con amplitud ciertos momentos. La felicidad sugerida en algunas frases no alcanza a llenar los huecos de mi memoria.

Nací en 1943, me tiembla la voz cuando lo pronuncio, y a veces me confundo y digo que nací en 1493; los números me juegan trampas, suelo caer en ellas. Deben ser muchos años.

Hoy, en 1975 nació mi hijo Pedro, y ayer en 1980 mi último hijito Josué y mañana en 1969 alumbraré a Yoya y tengo otro niño, no me acuerdo cómo se llama ni cuándo nació, esa hoja debe estar carcomida, o tal vez no quiero recordar la fecha, porque en esos tiempos mi esposo Federico me engañó con mi hermana Azucena, y mientras yo paría, ellos se divertían en una playa cercana al sanatorio.

Ella, desconsiderada como siempre, fue a verme, con una sonrisa grande cargó al niño y me dijo:

—Está lindo, es igual a Federico.

Estudí para maestra, primero fui profesora rural y luego directora de una primaria por veinte años. Ahí conocí a Miguel, un maestro joven de un estado cercano; recuerdo con claridad sus brazos, su pecho descubierto y firme cuando construimos aquellas jardineras que hasta 1996 ó 1986 permanecían. Esa fue la primera vez que Miguel me provocó deseo, luego sus brazos y su pecho se convirtieron en un refugio cotidiano por un par de años.

Mi otro amante: Jorge, Joaquín o Genaro, más o menos así iniciaba su nombre, me brindó un lugar en el cual existir: su memoria. Me hubiera gustado gritar esos amorfos, no lo hice por decencia, sé que los escribí en alguna hoja de estos diarios. Esa hoja puede, en cualquier momento, hacer una manifestación escandalosa hacia el silencio y enarbolar banderas con los nombres de los dos caballeros. Ojalá el mundo lo supiera, total, a esta edad, recordarían algunos que también tuve vida y que no siempre fui esta madeja de cabellos blancos y piernas cenicientas.

Cuando despierto en 1986 ó 1973, pienso en los años que me faltan para envejecer, los veo lejanos y me da gusto, luego me miro al espejo y la realidad se asoma; el calendario fue devorado por un monstruo tragadías, de esos que amenazaban las camas de mis hijos.

A veces oigo llorar a mis bebés y las cunas están vacías, son los diarios los que gimen, busco con urgencia unas mantas, los envuelvo en ellas, los tomo en mis brazos, los arrullo para que jamás despierten y si lo hacen no tengan frío y estén cerca mis pechos para alimentarlos;

les canto una canción de cuna y lloro por todos aquellos niños que no nacieron. En ese momento odio a las amantes que tuvo mi marido y que no dejaron nacer a los otros hijos de Federico. Las maldigo por ser malas madres. Con cuánto gusto hubiera dormido entre mis brazos a esos niños, resignada y silenciosa.

Luego me da gusto saber que el mundo no se acabó en el año 2000, luego lo olvido y temo esa fecha. Y me acuerdo a veces de cuando cumplí quince años y mis papás me comprometieron con Federico, era tan guapo, yo no tenía el interés de casarme pero mi madre dijo: es tiempo.

En los primeros años de matrimonio hubo estabilidad emocional. Acabó después del tercer hijo, cuando mi niño pudo caminar yo aprendí a gatear, cuando él pudo correr me convertí en una niña de brazos, cuando él se casó apenas sabía sentarme, cuando dejó de visitarme lloraba por mi biberón, un día amanecí en el vientre de mi madre y me sentí feliz.

Ahora que no he nacido quiero llamarme Lorena, comprar otro diario y reescribirme. Tomo una pluma y escribo en la portada del cuaderno; ahora sé que me llamo Lorena Higareda, que mi vida la desconozco. Escribo y luego deshojo todos los diarios y me quedo aquí, entre estas paredes blancas y suaves, reinventándome una y otra vez, acariciada por las hojas que caen en este otoño.

Lorena y Daniel

La última vez que se vieron, Lorena tenía las piernas flacas y la cadera pequeña; Daniel, dos o tres barbas que le asomaban de cuando en cuando. Ahora lucen muy distintos, apenas se reconocen, pero hay algo que no olvidan, la fuerza de imantación que los empuja uno hacia el otro.

Aunque Lorena ha subido varios kilos y las arrugas le han invadido el rostro, tiene ese olor a jazmín que a Daniel excitaba en la universidad; y aunque él tiene una barriga que lo hace ver simpático y una barba un tanto tupida y blanca, es inconfundible su forma de mesarse los cabellos ante el nerviosismo que le produce estar cerca de Lorena. Se miran con detenimiento. Se sonríen. Ambos miran el reloj, tienen prisa, pero no lo van a decir, cada uno espera lo que diga el otro para dar pie a su conversación.

—¿Cómo estás, Lorena? Me da gusto verte, ¿cómo te ha ido? —lo que Daniel espera escuchar en realidad es un *me divorcié* o un *siguiera soltera y no te he olvidado*, pero no se atreve a preguntar.

—Bien, Daniel, me da mucho gusto verte.

Acto seguido Lorena le besa una mejilla y le abraza con fuerza, ve que la ropa está bien planchada, signo de que su esposa o es buena ama de casa, o él mismo lleva su ropa a una tintorería. Olfatea su cuello y huele una loción de una marca que sabe es costosa; debe tener un buen trabajo, piensa, sin atreverse a preguntárselo.

—Hace años que no sabía de ti. Por favor, cuéntame algo, lo que sea, para estar al día.

La pregunta era un desesperado, *¿te casaste?*

—Pues, ¿qué puedo decirte? Tengo una hija de catorce años, trabajo en el laboratorio que está aquí a la vuelta y enviudé hace ocho años.

Lorena no contó que su hija no era de su esposo, sino de un médico que conoció en un congreso, tampoco dijo que el esposo murió de una complicación de la diabetes, y que después de enviudar ha tenido dos parejas, más la actual.

—¿Y tú, Daniel?, cuéntame algo por favor.

Lorena dirigió su vista hacia la mano izquierda de él, específicamente al dedo anular.

—Tengo dos hijos uno de trece y otra de once. Mi mamá falleció el año anterior y mi papá hace tres navidades. Trabajo como representante de ventas de los laboratorios Humpry.

—Tenemos hijos casi de la misma edad. Nos debimos haber casado con un año o dos de diferencia, supongo.

El dedo de Daniel luce ausente de cualquier argolla matrimonial, eso motiva a Lorena a preguntar sobre el matrimonio, segura de que él está divorciado.

—¿Por qué no vamos al café de la esquina y platicamos ahí? Claro, si es que no tienes algún otro compromiso.

Él quiso decir: *si es que no hay alguien más que te espere en casa, ya sea tu hija o a algún hombre, tenga el título que tenga.*

—Sí, claro, vamos.

Daniel no contestó a la pregunta del matrimonio, seguro la mujer le había salido terrible y se tuvo que separar de ella por infidelidad o por explotarlo; debió ser una zorra consumada, tanto, que Daniel no quiere recordar ese trago amargo. Lorena opta por no insistir en el tema.

Durante el café intercambian la información necesaria del presente. Del pasado hablan mucho, y hablan de todo y de todos. Él le confiesa que vivió enamorado de ella por años. Ella le dice lo mismo.

Daniel siempre quiso acostarse con Lorena, y lo sigue deseando, en eso consiste todo su enamoramiento. Lorena le cree, porque quiere creer que a pesar del tiempo, los kilos y las arrugas todavía puede atraer a alguien. Daniel le toma la mano, luego le soba el brazo.

Una vibración interrumpe el idilio y la imaginación de Daniel, quien ya se ve terminando la tarde en un motel encima de Lorena.

—Permíteme, Lorena, creo que tengo un mensaje de voz, seguro es mi jefe, esto del café no estaba programado. Sólo dame un segundo.

Daniel se aleja unos pasos y oprime en su celular la opción de escuchar mensajes con bajo volumen.

Daniel, ¿dónde has estado?, te dije que trajeras la verdura para el caldo, espero no te estés gastando el dinero de la quincena

en el casino. Bueno, la verdura ya no importa, voy a casa de mi madre, pasas por mí ahí a las seis. Si llegas a la casa, tu plato con caldo está en el microondas para que lo calientes.

Mientras Daniel piensa abandonar su cita, para evitar los regaños de su mujer, Lorena toma su propio teléfono para descubrir cinco llamadas perdidas y un mensaje de texto:

Regresé antes. ¿Dónde andas? ¿Por qué no me has contestado el celular? Bueno espero estés bien y te reportes a la brevedad.

Lorena arquea las cejas sin poder evitarlo, le urge irse, se tranquiliza al ver a Daniel pidiendo la cuenta, así que agradeció al cielo que el jefe de Daniel hubiera llamado y lo hiciera regresar a la oficina de inmediato.

—Disculpa, Lorena, creo que debo irme, es que...

—No digas más, sé que debes volver al trabajo. No te preocupes, ya habrá tiempo para otros cafés.

Se despiden de beso y él sube a un coche último modelo. Lorena piensa en el buen puesto que debe tener Daniel en la compañía para poder comprarse un carro así.

—En una de esas y cambio a mi chaparrito por Daniel, éste se ve que sí conviene —dice en voz alta segura de que nadie la oye.

A Lorena, la imagen de Daniel en el carro nuevecito le parece deslumbrante, tanto, que no alcanza a advertir una enorme calcomanía en la parte trasera del coche con el logo del laboratorio y la leyenda de: *propiedad de la empresa, si ve al empleado hacer mal uso de este vehículo, repórtelo al 01 800 HUMPRY.*

Prueba superada

Lloré y grité hasta procesar el asunto, luego la hinchazón de los ojos cedió, las ojeras del insomnio disminuyeron y me atreví a tocar su puerta.

No quise verme como una de esas mujeres engañadas y rencorosas; por ello me arreglé con esmero y le llevé un pedazo de pay que yo misma horneé, incluso fui dispuesta a sonreír.

¿De qué manera podía ser menos patética frente a él y no llorar al sentirme utilizada? ¿Debía aplicar el chantaje para retenerlo conmigo? La última opción fue una tontería, lo sé. Pensé en hacer algo sorprendente para que no me olvidara y no quedar reducida a unos cuantos momentos de placer; sin embargo, frente a su puerta, cualquier idea me pareció insuficiente.

Lo oí acercarse al portón, me acomodé el cabello y mojé los labios.

—Carlota, qué gusto verte, ¿quieres pasar?

Claro, imbécil, no pretenderás que me quede aquí en la entrada haciendo el ridículo con un pedazo de pay en una mano y mil palabras en la boca, pensé, mientras le sonreía y no me atreví a pronunciar palabra alguna.

Asentí con suavidad y pasé a su estudio. Nos sentamos, de inmediato quiso tomarme más que las manos, pero me escabullí con habilidad sin que notara, según yo, mi rechazo.

—¿Qué te pasa, Carlota? Te noto rara, muñeca. ¿Qué tienes?

—¿Qué tengo? Yo no soy la que tiene una esposa y una amante a la que le miente, cuando no tienes necesidad de hacerlo, quise decirle; pero en su lugar pronuncié otras palabras.

—Nada, ¿te parece que estoy rara?

—Sí, o, ¿será que ya hacía tiempo que no te veo, que me pareces muy diferente?

—¡No, qué va! No me has contestado el teléfono las últimas semanas, pero fuera de eso, ¿por qué habría de tener algo raro?

—Ya te dije que estaba ocupado. He tenido muchos problemas y tu papel en esto, muñequita, es entenderme, consolarme, ser mi refugio —pronunció el muy patán.

—Y tu esposa, ¿no te consuela?

—No quiero hablar de ella.

—Hemos hablado de ella en muchas ocasiones.

—Sí, pero ya no.

—¿Volviste a tu casa?

—No, no he vuelto, aquí tengo todas mis cosas —señaló sus libros.

—Y, ¿no lo has pensado? —insistí.

—¿A dónde quieres llegar con esa pregunta?

—A la verdad.

Empezó a explicar que lo estaba reconsiderando y había llegado a la conclusión de que no era el momento

de hacerlo. Prefería estar solo y seguir viéndome; en todo su monólogo sólo dijo lo que él deseaba sin dar cabida a una opinión mía.

—No te preocupes, muñequita, si vuelvo a mi casa te avisaré —dijo como si tuviera que agradecerle su gesto de honestidad.

Sonó entonces su teléfono. Lo miré con detenimiento mientras él atendía la llamada. A la luz de la tarde sus canas eran más evidentes, sus ojos no eran sinceros y la piel se le empezaba a marchitar por los años.

Supe que todo el amor profesado fue mera retórica, artugios banales para aliviar sus indecisiones y mi soledad. Al recordar sus palabras ni siquiera en la memoria sonaron sinceras; pero envueltos en una atmósfera que nos situaba a él como un centro, y a mí como una fuerza gravitacional, nos aturdimos tanto que fue imposible ver más allá.

—¿En qué estábamos?

—Ya habías terminado, Alberto, era mi turno de hablar. Yo creo que debes recapacitar, pero con más rapidez, el tiempo avanza, ya no eres un jovencito, si ella ha tolerado tantas malas rachas contigo es porque te ama; y tus hijos están creciendo, son adolescentes casi y necesitan tu consejo.

Pronuncié un discurso como de media hora sobre lo maravilloso de volver al hogar.

—Lo que pasa es que ya no me quieres, Carlota, y no sabes cómo decirlo, ¿verdad?

Sí, todo el amor se me terminó en una semana, en una semana en la cual descubrí engaño tras engaño al encontrar por casualidad la casa conyugal y ver su camioneta

ahí desde la noche hasta el amanecer; mientras él recor-
taba cada día más nuestros encuentros con el argumento
del sueño o el cansancio. En medio del coraje, ese, “ya no
me quieres”, sonó a idea fascinante, él mismo me daba la
coartada, ¿qué podía dolerle más a un hombre como Al-
berto que la indiferencia de una mujer a la que ya consi-
deraba suya?

—No quería decírtelo, Alberto, pero si ya no te quie-
ro es porque... bueno...

El coraje me enmudeció, me dio vergüenza derram-
ar llanto por él. Bajé la cabeza para que no me viera.

—¿Acaso hay alguien más, Carlota? —preguntó
con furia—. Lo sabía, pinches viejas, todas son igual de
putas —gritó y golpeó con el puño la pared.

Empezó a interrogarme. Me sentó muy bien su
coraje, porque aliviaba el mío. Qué manera de invertir
los papeles por sus interpretaciones erróneas y su mala
conciencia.

Superé la prueba, salí triunfante de su casa, como
una mujer fatal que ha jugado con un pobre hombre.

—Estas historias así terminan —me dije en voz alta
y subí el volumen a una canción de desamor que sonaba
en la radio del coche.

Han pasado algunos meses desde mi triunfo. De Al-
berto casi ya ni me acuerdo. Algunas veces lo he visto
junto a su esposa, como ayer, que los encontré felices en
el supermercado. Al verlo cerca escondí el rostro tras
unos anaqueles de aceite, él hizo como que no me vio.

En la tarde comí con desgano y me dio por ir a va-
ciar las zapaterías y comprar todos los chocolates belgas
que encontré a mi paso.

En casa y sin pensar en Alberto, modelé ante mi espejo todos los pares de zapatos. Luego vi por enésima vez “Diario de una pasión”, devoré los chocolates y lloré como siempre por los tristes diálogos de la película.

Métodos obsoletos

Genoveva piensa que la gente ya no es como antes, que cada día es más insensible e indiferente al dolor humano.

Sin título, fue maestra de actuación, enseñó a una generación de niños a mendigar por pan, por dinero o por cualquier cosa. Llegó a la puerta del restaurante de la señora Villanueva en 1946, con un niño en el vientre. A los trece años conmovía a la gente con su menuda estatura y su inmensa barriga

Su futuro existió circunscrito a la misma actividad, al mismo sitio, a la misma miseria. Genoveva encontró el sustento en la lástima de los demás y pensó que podía vivir de ésta, por desgracia su embarazo sólo duró nueve meses. Después mendigó con el niño en brazos o entre un rebozo. Las técnicas aplicadas funcionaron, era la pobre mujer deshonorada casi niña sin techo ni comida.

Sesentaisiete años después, el restaurante de la señora Villanueva está en manos de su nieto, un joven que aprendió negocios en una escuela de prestigio en el extranjero. Con algo de capital propio y de la familia, se hizo de una franquicia de un restaurante de comida rápida.

La gente que va a esos lugares no le presta atención a Genoveva, tienen prisa; los niños son groseros, patean, gritan; las mujeres ceden ante cualquier capricho con tal de que el niño calle.

Genoveva, con su rostro cenizo de anciana desnutrida, ensaya sobre los cristales del establecimiento las frases y gestos más dolorosos, los que reflejan más hambre, más tristeza y soledad. Los sabe casi de memoria, a veces los hace sin proponérselo.

—¿Me da pa' mi comida? Señito, no he comido hoy, deme pa' un taco. Señor, por caridad.

Ve a una mujer bajar de un coche lujoso. Se apresura hacia ella.

—Señor, por caridad, pa' mis medicinas.

La mujer ni siquiera la ve, tal vez ni la oye, lleva en una mano una agenda y en la otra su teléfono celular.

Enseguida llega un hombre con dos niños. Genoveva se acerca y lo mira con desesperanza.

—No, señora. ¡Quítese! Tenemos prisa.

Los días pasan, Genoveva no tiene dónde dormir ni qué comer, sus métodos fallan. Su estómago hace ruido, se siente débil. Busca en la basura; una pierna de pollo quemada aparece como un manjar.

Come con ansia, con hambre de días de no saciarse. No completa, continúa la búsqueda.

Una bolsa negra es una promesa de alimento. La anciana la abre, un arma aparece ante sus ojos.

Se asusta. No sabe si debe tomarla.

—¿Y si la vendo? ¿Cuántos días como? ¿Para cuántas canastas de pollo alcanza? —piensa.

No duda más, la toma. Con ella en la mano se siente poderosa, como si fuera joven otra vez. Vuelve su cuerpo hacia el cristal de la ventana, apunta, se mira imponente. Un hombre pasa junto a ella y le entrega en silencio su reloj y su cartera; una mujer le da su bolso. Todos corren.

Genoveva ha vuelto. Ahora sabe cuáles métodos dan resultado.

¿Verdá, Juan?

El vestido me queda apretado de la panza, y cómo no, si voy para seis meses.

Juan no llega y ya es hora, hace cinco minutos el juez debió de empezar a leer la dichosa epístola de Melchor Ocampo. Me urge que llegue y me urge más casarme, aunque sólo sea por el civil; lo otro luego lo arreglamos, para cuando nazca el chiquillo y mi Juan tenga sus papeles de bautizo, confirmación y demás; los vamos a conseguir en la iglesia de San Hipólito, cerca de aquí, dicen que ahí todo se arregla con un mezcalito para el señor cura y unos billetitos para la obra de Dios, y vamos a hacer el numerito ese, porque su madre era una vieja bruja hereje y nunca lo llevó a la iglesia, o al menos eso dice la gente. Quién sabe, Juan ni se acuerda de ella.

Ya quiero que sea domingo para ir a misa y luego pasear por la plaza del brazo de mi Juan y ver a todas esas arrastradas que le tiraron el calzón morirse de la envidia. ¡Pinches víboras, me las chingué!

Por fin llega este hombre, quién sabe dónde diablos se metió. Trae el saco medio sucio y los pelos escurriendo de agua, ¡ah, pinche Juanito tan descuidado!

¿Qué es ese olor? ¡Ah caray! El Juan empezó la fiesta temprano, pero lo perdono, no todos los días se casa uno.

—Ya, ya empiécele señor juez, nos urge casarnos y regresar temprano a la casa. Está muy nublado, no queremos que nos vaya a llover porque el camino está bien pozudo. Apúrele, no ve que ya queremos casarnos. ¿Verdá, Juan?

—Sí.

El Juan es re'parco, todo esto de la boda lo pone muy nervioso. Hace apenas quince días le entró eso que dicen "una crisis" y estaba negado a casarse el hombre, luego mi papacito habló con él y se animó. ¡Ay, mi papacito! Siempre tiene la solución para todo.

—Vamos a iniciar la ceremonia civil...

—¿Sí? ¿Bueno? ¿Quién habla?

A alguien le sonó su mugre teléfono, ¡no puede ser!

—¡Apaguen esas cosas, no interrumpen! Sígle señor abogado, se quedó en aquello de vamos a iniciar la ceremonia civil...

El señor le sigue, que si esto, que si aquello, ¡mta, parece que nunca va a acabar! El Juan se seca el sudor de las manos en el pantalón, ni un pañuelito se trajo; nomás no se le vaya a ocurrir secarse en los encajes del vestido. Ese Juan qué nerviosito me salió; así no se veía cuando... Bueno estaba muy oscuro, ni le vi bien los gestos.

El señor se calló otra vez, y cómo no, si mi prima Clemencia trajo a su huerquito y es berrinchudo como él solo. Tira unos berridos que Dios me libre de que mi niño me salga así.

—¡Clemencia, ve a que tu niño llore todo lo que quiera allá afuera! ¿No ves que nos urge casarnos? ¿Verdádá, Juan?

—Mmm, sí.

Juan cada vez menos convencido y este señor no le apura. Bueno, ya agarró la lectura, va para el final.

Y, ¿ahora qué? ¿Qué hacen aquí los soldados?

—No sé qué anden haciendo, pero aquí no hay criminales, váyanse al monte, allá hay mucho que hacer —les dije.

—Venimos por el juez, es un delincuente —dijo uno bien encabritado.

—Bueno, todos los abogados lo son, pero, no sean malitos, déjenlo hasta que nos case. ¿No ven que nos urge casarnos? ¿Verdádá, Juan? Juan, Juan... ¿Dónde andas, Juan?

El Juan abre una ventana, brinca.

—Papacito, haga algo, el Juan se me va.

—Ni se apure, ahorita se lo traigo vivo o muerto al cabroncito.

—De preferencia vivo, papacito, muerto no me sirve.

¡Madre mía, voy a ser viuda sin casarme y mi niño huérfano sin nacer!

—¿Y a poco sirve de algo ahorita el güey? —mi padre nunca deja su pistolita, la desenfunda y se va corriendo a alcanzar a Juan.

Mi papacito tiene razón, Juan no sirve de mucho, no fue a la escuela, no tiene rancho, ni tienda, no es jefe de nada. ¡Ah, pero qué guapo está! Ya le encontraré la utilidad. No es que lo quiera tanto, pero voy a sentir bien bonito cuando las viejas ofrecidas me vean casada con él.

Se oyen dos disparos. Todos gritamos. Los soldados suben y bajan. Mi papacito trae cara de satisfacción.

—¡Ay, madre mía!, que mi Juan esté vivo.

Nadie sabe que no nos casamos. A los metiches y chismosos les dije que íbamos para la fiesta cuando un convoy de gente mala nos quiso asaltar y que mi Juan me defendió y le tocaron los plomazos a él. Todos aquí se lo creyeron. Ahora no seré una madre soltera, sino una viuda joven.

Nos comimos el borrego del banquete en el velorio de Juan, y ahora vamos caminando desde la iglesia hasta el cementerio; pasamos por casa de la Marga, de la Remedios, de la Luci, se asomaron por las ventanas a ver pasar el cuerpo y estaban dizque muy dolidas, no se atrevieron a acercarse y qué bueno, porque Juan es mío. Algo murmuran... me vale.

—¿Qué? Me casé con Juan. ¡Pinches víboras, me las chingué! ¿Verdá, Juan?

Un corazón fuera del Ritz

Por un instante pensé que la vista me había fallado, casi detuve el coche para mirar mejor pero no pude, tras de mí un conductor desesperado tocó el claxon y avancé.

Di la vuelta a la cuadra y volví al lugar para cerciorarme. En esas paredes, amarillas más por vejez que por pintura, en plena esquina del famoso hotel Ritz, había un corazón pintado, sí, un corazón, yo también me sorprendí, un corazón pintado con tiza negra.

A las seis de la tarde el dibujo se veía con claridad; era un corazón estético, bien formado. De pronto, pensé en el escenario nocturno. ¿Acaso los clientes que frecuentaban el lugar lo habrían visto? ¿Sería alguno de ellos el dibujante? ¿O serían las prostitutas?

Avancé. Entre la segunda y tercera velocidad me pareció romántico imaginarlas a ellas como artífices. Tal vez alguna lo puso ahí en señal de un amor frustrado por su oficio, o en recuerdo de un amor pasado, o de un amor imposible.

Entre la imaginación lejana o cercana a la realidad, recordé las frases que usan para atraer clientes.

—Pásale, papito, cojo, mamó y chiquiteo —mi ilusión se desmoronó.

Casi al llegar a casa se me ocurrió que pudo ser a la inversa; un cliente enamorado de alguna de esas chicas; imaginé un hombre del tipo de Agustín Lara o a un poeta desconocido que un día no tuvo suficientes metáforas y dibujó el corazón.

¿Será que el amor habita en el Ritz? ¿Es acaso huésped con tarifa preferencial?

La idea no me pareció descabellada; hombres y mujeres, placer y dinero, intercambio de poderes. Factores constantes en las sociedades, sólo que a la vista de todos se firma un papel, se gasta mucho en la boda y los contrayentes están jodidos de por vida o hasta que se hartan.

En el Ritz era distinto, no había contrato, el placer se daba por tarifas módicas y sin obligación de permanencia. En esas circunstancias cualquiera puede amarse.

Reflexioné hasta ese punto. Ya en casa no pensé más en el asunto del hotel y su dibujo.

Días después volví a recorrer esa calle. Estaba obscuro, no pude ver si el corazón seguía ahí.

Al llegar a casa, mi esposo aún no volvía del trabajo, observé mi habitación, buscaba por lo menos la sombra de alguna tiza que indicara que el amor habitó ahí. No la encontré, ni un vestigio.

La puerta se abrió, era Armando.

—¿Cómo te fue?

—Como siempre, mujer. ¿Y a ti?

—Bien, como siempre.

—¿Quieres cenar?

—No, prefiero bañarme.

Minutos después Armando entró en la cama, el vapor de la regadera llegó hasta las ventanas, quise dibujar un corazón en ellas, tuve el impulso de abrazarlo, levanté el brazo y en ese instante él se dio la vuelta, su espalda fue una barrera.

—Apaga la luz, mujer, ¿no ves que estoy cansado?

Mi impulso se detuvo. Quise llorar.

—Sí, el amor habita en el Ritz.

—¿Qué dices?

— Nada, duérmete.

Apagué la luz. Esa noche soñé que era una prostituta y trabajaba fuera del Ritz, gocé y cobré por dar placer, me enamoré de todos mis clientes. En la mañana unos pies helados bajo las sábanas me regresaron a mi realidad.

Ni lo digas, Juliana

La primera vez me enamoré de mi padre, yo tenía siete años y vacacionábamos en la playa. Sentí un estremecimiento de amor cuando su voz grave pronunció mi nombre.

—Aurora, ven —dijo con un aire de superioridad absoluta.

Acto seguido sus manos tomaron mis hombros y me besó la frente. No te imaginas lo que sentí, Juliana, no te imaginas.

Mi madre nos miró enternecida y mi padre la besó tras asegurar que amaba a sus dos mujeres; estoy segura, Juliana, que no había otras mujeres en su vida.

El enamoramiento no duró tanto, a los ocho años lo odié por no dejarme ir a un campamento, hice un berrinche tan grande que ese día algo se rompió entre nosotros.

Luego me enamoré de Óscar a los nueve años. Era un niño larguirucho con cabellos lacios, mi amor por él acabó el día en que se negó a prestarme su bicicleta. Por un buen tiempo no quise saber más del amor egoísta de los hombres.

Siguió David a los trece años, me sonrojaba al mirarlo, o me ponía tartamuda al hablar con él, le prestaba mis cuadernos y hacíamos los trabajos de geometría juntos. El amor terminó, porque tenía caducidad, los tres años que dura la secundaria. Ni siquiera nos dimos un beso, ¿lo puedes creer, Juliana? Lo lamenté mucho tiempo, sólo nos abrazamos y nos tomamos las manos y algunas nieves después de clases.

En preparatoria me enamoré de Fernando, un chico muy popular, por el que todas morían, pero Fer sólo tenía ojos para mí, y para mis piernas cuando subía las escaleras, y para mis pechos cuando se desabotonaba por accidente mi blusa del uniforme, o para mis nalgas cuando vestía el short de la materia de deportes. Un día terminamos, su amor por mí se agotó de buenas a primeras, aunque, no fue tan de buenas a primeras, sino más bien se agotó en una serie de forcejeos cuando en su coche él quería ir más allá de lo que mi falda dejaba al descubierto. Meses después supe de su relación con una muchacha de la universidad. Salí de la prepa y no supe más, hasta que un domingo de misa, lo vi salir de una de las capillas cargando a su hijo recién bautizado.

En la universidad conocí a Rogelio, ya te había dicho, Juliana, un arquitecto guapo y de buena familia; me enamoré, pero esta vez sí fue cierto y no es que las anteriores hayan sido falsedad, sino que en esta ocasión el amor empezó a ser más fuerte y más... ¿Cómo te diré Juliana?

—Pues...

Ni lo digas, Juliana, ya tengo la palabra... más, más ... pues tú sabes... ¿carnal?

A todas nos pasa y más cuando crees que con ése te vas a casar, y yo lo creía, ¿cómo iba yo a saber que después nomás nada? Y es que me tenía harta su mamá y la falta de carácter de Rogelio; sí, él era un pelele de su madre, yo no iba a secundar esas actitudes, y además la señora siempre me hizo cara de fuchi y ni disimulaba.

La cosa es que se acabó, lo lloré un buen rato, un año y medio yo creo. Después me enamoré de Víctor, el contador, ya sabes, codo como todos los de su profesión, discutía las cuentas, desde la del restaurante hasta los informes mensuales de sus tarjetas de crédito y los recibos de teléfono. ¡Ay, no!, era una pena, pero bastaba con que sonriera para olvidar esos detalles. Todo acabó cuando planeamos la boda y él a fuerza quería que mi padre pagara el banquete, y nos diera una casa, pues, ¿cómo crees Juliana? Si el hombre se estaba llevando la joya de la corona de mis padres, no era cualquier cosa; discúlpame pero no, Juliana, tú sabes. ¿Tengo razón?

—Pues...

Ni lo digas. Luego una serie de infortunios. Ignacio, Esteban, Roberto, Juan Carlos, Reynaldo, Alfonso, Leonardo y Esdrás; cada uno tenía su punto bueno, pero estos sí me salieron malos. La mitad me cambió por otra, el gran amor que me profesaron duró un par de meses y unos cuantos fines de semana en algún paradisiaco destino nacional; la otra mitad, entre borrachos y mantenidos, mejor ni te cuento.

Y ahora que encontré al hombre perfecto, o al menos eso pensé, me echa en cara mi larga lista de ex novios. No entiendo por qué, fueron mis novios, me enamoré de cada uno de ellos, yo no buscaba sexo, te juro Juliana, que cada

que iniciaba una relación me veía en el altar con un hermoso vestido blanco y después con unos tres hijitos bellos.

De qué me pueden culpar ahora, ¿de amar demasiado? De verdad hay cosas que no entiendo, yo no me entregué a ellos después de una noche de alcohol o por el mero placer del placer; hubo palabras, promesas, sentimientos, tal vez no escogí a los mejores, pero cuando uno se enamora no se fija de quién, es un sentimiento y ya.

¡Ay, Juliana!, me estoy poniendo muy sentimental, mejor háblame de algo tuyo, cuéntame, ¿cómo te va en tu nuevo trabajo?... pero antes dime, ¿a poco no tengo razón de lo que te digo, Julianita?

—Pues...

Ni lo digas, ya sé lo que piensas. ¡Vámonos!, porque se me hace tarde para ir a la oficina, y ya cuando empiezas a platicar de tus asuntos, ¡uy, no, Julianita!, no hay quien te calle. ¡Anda, vámonos! Pagas tú el cafecito, ¿no?

Negocito

La primera vez que ocurrió, Lidia tenía dieciocho y yo diecisiete. Cada una regresó de su viaje emocionada, y aunque fuimos a competencias distintas lo importante era, como siempre, contarnos los detalles; no si habíamos nadado bien u obtenido un nuevo récord de tiempo, sino a quién conocimos, si algún competidor o entrenador guapo o interesante nos había llenado la vista.

Lidia fue a pasar la noche a mi casa, después de cenar nos encerramos en la recámara, era el momento.

—Empieza tú.

—No, empieza tú.

Eran las frases acostumbradas para iniciar con aquello, luego, alguna de las dos perdía la gentileza e iniciaba el relato.

Lidia me dijo que conoció al hombre perfecto; detallista, galante, educado, culto; en fin, un dechado de virtudes.

—Ahora es mi turno —dije con emoción— yo también conocí a alguien, no tienes idea del tipazo que es, fuimos por unos helados, luego a la librería, me regaló dos libros.

Las dos conocimos a hombres maravillosos en ese viaje. A la cuenta de tres diríamos su nombre, ambas estábamos deseosas de saber el nombre del futuro marido de la otra.

—A la una, a las dos y a las tres: José Pedroza Santos —dijimos a dos voces.

Nos quedamos con los ojos desorbitados. El mismo hombre nos juró amor a las dos con una semana de diferencia. Lidia se quedó atónita, como si en su cabeza cupiera la certeza de una homonimia, pero no, lo describimos y sí, era él. Por unos minutos el silencio se hizo, nos miramos.

Sonreí, luego Lidia se carcajeó, nos reímos tanto las dos que mi papá tocó la puerta de la recámara y nos dijo:

—Si no tienen sueño, tu madre y yo sí.

Seguimos riendo un par de horas, hasta que la desilusión intrínseca y la obscuridad de las horas, nos cerraron los ojos.

Esa noche soñé con José Pedroza Santos, con sus ojos marrones, su cabellera bien peinada, su cuerpo atlético; recorrimos los mismos lugares que al conocernos, sólo que ahora José no podía hablar, era mudo, él mismo estaba sorprendido ante su mutismo, me dio gusto no escucharlo mentir.

Tiempo después, cuando Lidia terminaba la universidad, se presentó otra situación similar. Yo le había dicho que cuidadito con los hombres mayores, porque podían ser igual a José Pedroza Santos; ella me pedía no generalizar. Lidia cayó con un abogaducho lengua y mano larga. Cuando el hombrecito quiso propasarse conmigo le volteé la cara de un golpe. Me pareció detestable su

actitud, pese a ello no le conté a mi amiga, pues ella estaba cegada por él.

El abogaducho era un tacaño empedernido, salía con mi amiga y algunas veces prefería caminar hasta la casa de Lidia con tal de ahorrar gasolina; si iban al cine cada uno pagaba su boleto y sus palomitas, y él prefería verla después de las horas de comida o cena.

Se supo que el hombre ganó un caso por el cual le tocó una buena cantidad de dinero; de esto Lidia vio sólo una nieve sencilla en cono y los amigotes de él muchas rondas de cerveza durante tres días seguidos.

Pasaron algunos meses, mi graduación estaba próxima, me urgía dinero para un bonito vestido y pagar mi titulación. Una tarde, mientras reposaba la comida, supe cómo obtenerlo.

Llamé a Lidia. Con algo de dolor le conté que el arrastrado de su novio me hizo ciertas proposiciones. A Lidia ya le habían llegado rumores de infidelidad, me creyó. Lloró un poco y le dije que tenía una buena idea para hacer pagar al abogaducho su patanería.

—Mira, Lidia, haremos lo siguiente, es una cosa simple. Intentaré me haga de nuevo la propuesta, lo grabaré y después sabrá que soy amiga de su novia, y que si no quiere un escándalo, debemos arreglarnos de algún modo. Como es un corrupto y arregla todo con dinero, pues...

Oí a Lidia reír con malicia, me dio gusto oírla animada, él la había reducido y convertido en dependiente.

Las cosas pasaron tal y como las planeé, salvo por la cantidad de dinero, más de la esperada. Me pareció justo darle un porcentaje a Lidia, al principio se negó,

luego aceptó y lo usó para ir al psicólogo y vencer su codependencia. Yo me titulé y compré un vestido bellísimo de importación. Lidia, dos meses después, dejó al abogaducho.

Nuestras vidas han cambiado, mi amiga es una persona independiente y decidida, me da mucho gusto, siempre ha sido una excelente persona y ahora es una gran mujer. Yo trabajo en un banco, tengo acceso a una enorme lista de clientes poderosos y millonarios, misma que le facilité en una ocasión a Lidia. Le entendió muy bien al asunto de la extorsión, se dedica de tiempo completo a ello, no la juzgo, es una buena forma de obtener ingresos y desenmascarar a los Josés Pedroza Santos. Ella me cuenta todos los pormenores de sus clientes, cómo sale dos o tres veces con los hombres casados, cómo hace que le tomen unas fotografías cuando ellos intentan besarla o la tienen de la mano y cómo les hace creer que enviará esas fotografías a sus esposas. Nos divertimos mucho en el negocito.

Bueno, ni tan negocito, porque Lidia acaba de comprarse una casota; yo aún no decido qué hacer con el porcentaje que me da por cada hombre que extorsiona de esa lista, tal vez viajar o guardarlo para mi vejez, no sé.

Cuando platico con Lidia y hablamos del negocito, no podemos dejar de remontarnos a esos años de juventud y a José Pedroza Santos. ¿Qué habrá sido de él? Quién sabe. Después de todo ambas coincidimos en que fue un gustazo conocerlo.

Bajó el dólar

El momento que por años temí llegó ese martes, en la cafetería de la calle Morelos, mientras leía el periódico y esperaba a un cliente para firmar un contrato.

Tomás apareció con su esposa y sus hijos. Parecían felices, como una de esas familias perfectas que vemos en portadas de revistas. La escena me paralizó.

Mucho antes ensayé uno a uno los gestos que articularía para que Tomás no advirtiera el dolor que me iba a provocar al verlo. Ahora no recordaba ninguno.

Transcurrieron diez años desde que terminamos la relación, al principio supe de sus amoríos con diversas mujeres, cada chisme era una punzada en la conciencia, un espasmo incontenible; luego abandoné el masoquismo al dejar de seguir tan de cerca su vida. Con el tiempo lo olvidé, no pronunciaba su nombre, y cuando alguien quería tocar el tema del susodicho, mi respuesta era concreta, no sé.

La fortaleza aparente hizo que muchos creyeran que superé con facilidad los retos más severos. Mi fama de mujer enérgica data de esas fechas.

Lo cierto es que cuando Tomás se fue de la ciudad me sentí tranquila pero me obsesionó la idea de la reacción futura, cuando lo viera con otra mujer. Porque alguna vez Tomás volvería por cualquier motivo.

Un sábado cuando el dolor caló fuerte y hondo y la ociosidad se adueñó de mí, compré un espejo enorme. Frente a él instalé una silla giratoria, en la que ensayaba gestos, verdaderos gestos teatrales, guiones que inventaba y reinventaba cada día.

Un posible guión; si lo encontrara en un restaurante, fingiría beber un coctel, luego contenta, con la cara iluminada y con la mano extendida le saludaría desde lejos. Esta escena me agrada porque parece que tengo control absoluto sobre la situación.

Otro guión; en mi oficina, de pie, con el rostro en tres cuartos hacia la ventana de la avenida, arquearía las cejas encima de los lentes y con una sonrisa disimulada, lo vería pasar, si él no volteara no importaría, pero si lo hiciera, yo no tendría tiempo de llorar o de sonreír en exceso. El momento sería breve.

Un tercer guión; encontrarlo en la plaza principal cualquier tarde de verano, cuando el calor es insoportable, y los adultos llevan a sus niños a jugar ahí; entonces el espejo mutaría en dos cristales redondos y negros como los ojos de Tomás, me miraría en ellos, con mi porte altivo, ropa justa al cuerpo, el cabello ondeante por el aire, con paso firme y tranquilo, acompañada por el cansancio después de la jornada laboral. Le obsequiaría una mirada sobria, con poco interés, como quien ve a cualquier persona; él a lo lejos gritaría.

—Renata, ¿qué tal te va?

Y mi respuesta pronta:

—Bien. Todo en orden, Tomás, gracias.

Así, como quienes nunca olfatearon desde cerca sus pieles y conocieron centímetro a centímetro la geografía corporal del otro.

Ensayé muchas otras escenas. En las noches me repetía preguntas para indagar bajo qué circunstancias Tomás se casó con esa mujer. ¿Fingiría ella un embarazo? ¿Será bonita? ¿Tendrá clase y educación?

Las preguntas eran impersonales, no podía asignar un nombre o un rostro a esa mujer. La imaginación posee límites.

Los ensayos, los días, el espejo, el dolor, se agolpan de pronto en un solo movimiento, el del corazón latiendo como en una revuelta.

Pasé saliva, volví a la realidad, los gestos se borraron y no encontré sentido en inventar uno sobre la marcha. Los años destiñeron un poco el rostro de Tomás de la memoria y los sentimientos cambiaron, no quise ahondar sobre el hecho para no sentirme ridícula, acongojada por esos males, esas son pendejadas, me dije. Tomé aire y encendí un cigarro. Retomé la lectura.

Cuando el cliente llegó me extendió la mano.

—¿Renata, cómo está? ¿Cómo le ha ido?

—De maravilla y más con lo que acabo de leer en el periódico. ¡Bajó el dólar! ¡Ésa sí que es una buena noticia!

Y a ese comentario al que nunca le asigné un gesto en ningún ensayo, le dediqué una inmensa y sincera sonrisa, como si fuera la escena final y tras ésta cayera el telón.

La ranura en la pared

Se mira en el espejo e intenta recordar su rostro, bajo el lápiz labial desteñido y el rímel formándole ojeras, sólo advierte la imagen que proyecta hoy. Ese reflejo la aparta de lo que alguna vez fue; la delgadez de su cuerpo contrasta con las amplias caderas y la diminuta cintura que exhibió. El cabello en desorden, con hedor a tabaco, la cajetilla de cigarros vacía sobre el buró y las zapatillas casi ocultas bajo la cama son el paisaje cotidiano, la mañana, que para Yolanda, nace a la una de la tarde, cuando el tren arriba y la despierta.

Suspira y vuelve a la cama, no desea pensar más en su pasado, ahora es otra persona, con otro nombre, otra dirección y hasta otra nacionalidad; aunque cada vez que escucha el ruido de vías y trenes, no puede olvidarse de quien fue, no deja de pensar en su niñez y en las calles de su pueblo al volver de la escuela caminando presurosa por las vías, con los zapatos en la mano para no gastarlos, porque los zapatos, decía su madre, eran para ir a la escuela.

Entre la acidez de su estómago y la jaqueca de la mala noche, se pregunta en silencio, para no detonar una

migraña: ¿Cuándo me convertí en puta? Y al formular la pregunta se aleja del espejo.

Busca en sus recuerdos el día y la hora exacta. Seguro no fue ayer, porque acostarse con cinco hombres en una noche es ya una práctica común. ¿Sería entonces cuando decidió comer algo distinto a masa y tortillas y más de una vez en todo el día? Pudo ser cuando los de la migra, para no deportarla, le pidieron favores sexuales; o antes, cuando se acostó un martes en la noche con el hombre que conoció esa mañana y con él tuvo un hijo; o de adolescente, cuando se desnudaba los pechos acostada en la hamaca para intentar refrescarse y por ese acto padecía más calor. ¿O sería mucho antes, cuando su padre deslizó la mano hasta la cama de ella por debajo de las sábanas? Probablemente fue desde que al compás de las ruedas del tren emitió su primer llanto y medio abrió los ojos para encontrarse con la miseria.

Fueron muchas circunstancias las que la obligaron, pero prefiere asumirse como un ser responsable, sin repartir culpas.

En la orilla de la cama, vive casi todas las horas del día; en ese borde siente que la vida se divide entre el pasado y el presente. No quiere olvidarse de su imagen, no quiere tampoco dejar de percibir el dinero que manda puntual cada semana a su familia.

Las horas avanzan y en lo más claro de la pared sucia, extiende provisional e imaginaria una secuencia de recuerdos, instantáneas diversas, una desordenada película de la vida. Con las imágenes seleccionadas podría hacer suficientes postales para enviar en el cumpleaños del hijo, de la hermana, la madre y en Navidad.

La vida le pasa por enfrente, como un tren que sigue su curso sin esperar a que alguien suba, como le pasó por enfrente *La Bestia* con su estrépito y sus mohosos vagones, y ella tuvo que abordarlo de un salto, agarrarse con fuerza mientras se rompía las rodillas y se dislocaba un hombro.

Desde ese momento hasta hoy ocurrieron innumerables infortunios; de algunos quiere olvidarse, otros ya los olvidó. Lo cierto es que la realidad le estalla en el rostro como la bomba que mató a su padre en la guerrilla, como la sorpresa ante la estatura de su hijo que sólo conoce por cartas, o como el puño que alguna vez la volverá a golpear cuando un hombre considere que no hizo bien su trabajo.

Yolanda advierte que es la hora de ir a trabajar. Se transforma. Deja de ser la ruina que despertó para erigirse monumento fatal. En la escalera se encuentra con Gilberto, su vecino del 33. Cuando se saludan, él apenas esboza una risita; lo hace más por timidez que por prejuicio; ahí todos saben que él está enamorado de ella, que la observa desde la ventana o por la ranura que hay entre la pared y el marco de la puerta. Él mismo no sabe si la observa, la interpreta, la adivina o la inventa. No la conoce, pero él sueña con que Yolanda, sea, algún día, una puta arrepentida, posteriormente una puta reivindicada. Yolanda, la mujer que presente a sus padres, cuide a sus hijos y le prepare la comida. Algún día, algún día, cuando se atreva a conversar con ella.

Gilberto la ha visto llorar, supone que no le gusta la vida que tiene, así como a él le desagrada su trabajo en la fábrica de refrescos. Ambos habitan una verdad

que les incomoda, ya no tienen edad para sueños; ahora sienten la obligación de seguir, de transitar su vía sin poder detenerse.

Las voces

Llego aturdida a casa, la tensión laboral se disparó tras el comentario que hice sobre los nuevos socios. —¡Dios, líbrame de trabajar con pendejos!

Creí que los murmullos esconderían mi voz. No fue un error, fue una liberación; estaba harta de tonterías y de no tener vida; recogí mis cosas y sin remordimiento salí del bufete.

¿Quince años de trabajar ahí y ni un pastel de despedida? ¡Qué ingratos!

Al entrar a casa pongo la caja con todas las cosas que saqué de mi archivero, quiero revisarlas pero no tengo ánimos, me preocupan más otros temas, las cuentas bancarias, por ejemplo.

Consulto los últimos estados de la cuenta de ahorro y la de crédito, los números no son alentadores. ¿Cómo permití que me echaran de un excelente trabajo con todas las prestaciones que otorga la ley y bonos por desempeño ejemplar? ¿Cuándo dejó mi boca de estar conectada con mi cerebro? Aunque sólo dije la verdad.

Un arranque de ironía, ni siquiera fue coraje, pero fue suficiente para ellos.

—¿Y ahora qué sigue? —me pregunto en el silencio de la media tarde.

Mi vida es la empresa, no hay más. ¿Quién era yo antes de entrar a ese lugar? ¿Qué hacía? ¿Con quién salía?

En el cajón del buró encuentro una vieja libreta de direcciones. Leo los nombres. Muerto. Ya no vive aquí. Casado. Ya es abuela. En el psiquiátrico. Vive en Italia.

No hay opciones. Prendo la televisión para distraerme. Este canal no; este tampoco, menos, basura, trivialidades, blablablá.

Apago el aparato. El cansancio de las emociones me sacude, me resisto a cerrar los ojos, es temprano. Tras una lucha interna mis ojos se vencen.

Timbra el teléfono, una mujer pregunta por una tal Malena.

—Malenita, hija, ¿cómo estás? soy tu tía Clara.

Me cuenta una historia, su esposo Esteban tiene una amante y por ello ha decidido divorciarse. Entre el sopor del sueño comprendo poco.

—¿Cuál tía, cuál Esteban, cuál amante? —digo en la bocina de un teléfono onírico.

La voz de la tal Clara es aguada, me provoca migraña. Con razón Esteban tiene otra mujer, pienso y me alejo del teléfono.

La casa en la que estoy no es mi casa. No reconozco ni un cuarto, el papel tapiz es viejo. Después de caminar unos metros la pared acaba, ahora camino por el pasillo de una vecindad, un hombre espía por la ranura de la pared de una casa.

—Hola —me dice—. ¿Has visto a Yolanda?

—¿Yolanda? No, no la conozco.

—¿Vives aquí? —pronuncia y corre.

Se esconde tras una maceta enorme al escuchar unas pisadas. Una mujer aparece, supongo que es Yolanda, lleva una falda corta y unas zapatillas de tacón de aguja, pese a esto su gesto es humilde; sin mirarme y en silencio entra a su pequeño cuarto. El hombre vuelve al sitio de espía.

—¡Vaya, con las personas enfermas! —digo sin ser escuchada.

Parpadeo y un espectacular sol de verano aparece frente a mí, hay algarabía en la plaza, en cuál, no sé. Los niños corren atravesando unas fuentes bailarinas. El paisaje es bello, una larga banca de metal color turquesa con una mujer sentada en un extremo me parece idónea para sentarme a mirar.

— ¿Lo ves? —pregunta la mujer intentando en vano cubrir su rostro con un periódico.

— ¿A quién?

—A Tomás.

—Disculpe, no conozco a Tomás —le respondo.

—¿Cómo me veo?

—Es usted muy guapa.

—Observa y aprende.

La mujer se levanta, camina con seguridad, es atractiva, lleva unos tacones altos, parece modelo de revista. Se acerca a un tipo, supongo que debe ser Tomás, no sé, justo cuando él la ve, ella resbala y cae. ¡Qué penal!, y, ¡qué golpe se dio!

—¿Está bien? —le digo mientras le ayudo a levantarse.

—No estoy bien —llora—. El amor de mi vida me acaba de ver tirada, ¿tú crees que estoy bien?

Pobre mujer, debe ser terrible vivir una situación así. Cuando deja de llorar me alejo para que viva su dolor.

Al final de la plaza está el famoso café de la calle Morelos, para olvidar el mal momento decido quedarme y pido un enorme café helado con crema y chocolate. En la mesa de junto cuatro mujeres conversan.

—Sí, te digo que Daniel es un gran prospecto, trabaja en un laboratorio importante, si vieras el coche que trae. Es soltero, no se lo pregunté, pero a leguas se nota lo disponible. Me dio tanto gusto encontrarlo después de años sin saber de él.

—Lo mejor sería que estuviera casado, los hombres casados son un gran negocio, lo podemos extorsionar, mira, me lo presentas, salgo con él, nos toman unas lindas fotos, se las muestro al susodicho y si no quiere problemas con su esposa, pues tiene que aportar a la causa...

—No, muchachas, yo les recomiendo que no hagan eso, que por ningún motivo se desprestigien, porque después los hombres son muy fijados, encuentras al príncipe azul y te echa en cara tus errores pasados; es horrible, ya lo he vivido, ¿a poco no, Julianita?

—Pues...

Siguen con la charla, no distingo lo que dicen, hablan todas a la vez, son cómicas sus reacciones, sus gestos, el deseo de tener la razón; si tuviera tiempo me quedaba a conversar con ellas. Debo irme, no sé a dónde, supongo que debo salir del sueño para ir al bufete. Camino en línea recta en busca de un punto conocido, rumbo a casa, el cansancio me agobia, me duele el cuello.

Estoy cerca de casa, alcanzo a ver la catedral. ¿Hace cuánto no me confieso? No recuerdo cuándo lo hice por última vez, decido entrar. La iglesia de San Hipólito es sencilla en sus adornos pero agradable, se respira paz en ella. Me arrodillo en las primeras bancas.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

El llanto de un niño interrumpe mi oración, una mujer sonriente lo trae en brazos.

—Acabo de bautizar a mi niño, pobrecito mijo, se llama Juanito, igual que su papá de él, que Dios lo tenga en su santa gloria. Pobre de mijo se quedó huérfano antes de nacer y yo casi me quedo viuda sin casarme. Es una lástima, mi Juan me quería tanto y estaba ilusionado con la boda y el nacimiento del niño, pero así son las cosas, el amor gana pero la muerte triunfa. El día que nos casamos, ya de regreso a la casa, un convoy de gente mala nos atacó. A mi Juan, por defenderme, le tocaron los plomazos. Yo lo quería tanto... oiga, ¿qué no es usted la Remedios? —me interroga después de la enorme explicación.

—No.

—Sí, a mí no me engaña, usted es la Remedios, la vieja arrastrada que andaba tras de Juan, usted trabajaba ahí en la fabriquita esa de la salida; pero para que lo sepa bien, Juan es mío, me casé con él. ¿Cómo le quedó el ojo? Pinche víbora, me la chingué.

—Con permiso.

La mujer sigue injuriando, me alejo con rapidez. Unos pasos más adelante, cuando no la oigo, disminuyo el ritmo. Siento mi corazón acelerado por el ejercicio.

—La gente está loca, este mundo es raro —dice una voz detrás de mí.

—Tiene razón.

—Si usted pasara frente al Ritz y observara con detenimiento, sabría lo que digo.

—¿El Ritz? —le pregunto.

—Así es. Lo siento, tengo prisa, va a amanecer, debo regresar a mi realidad. Hoy tuve una noche excelente.

Sigo a la mujer, si va rumbo a la realidad, es probable que su camino sea el mismo que debo seguir.

Un espasmo me abre los ojos. El reloj marca las seis de la mañana, la hora habitual para tomar un baño. Me levanto sintiendo que dormí muchas horas, o días, pero al encender la televisión el noticiero indica la hora, sólo pasaron doce.

Mientras el agua recorre mi cuerpo, me reprimo.

—Soy una tonta por perder un gran empleo, soy una tonta por no saber cerrar la boca.

—No, ni lo digas, Juliana —escucho.

—¿Quién anda ahí?

No he despertado bien, las voces del sueño son audibles todavía. Sonrío.

Me animo un poco al desayunar una barra de chocolate. Hago mi agenda mental; llegaré al bufete por mi finiquito, después iré a hacer pagos y si queda tiempo, tal vez vaya al cine. Sí, eso haré.

Llego y abro la puerta de mi antigua oficina, me siento a esperar al director administrativo. Mis compañeros me ignoran, ahora soy la apestada cuando por años fui la mejor empleada.

—¿A quién le toca resolver este caso? —dice Gildardo.

—Le tocaría a... bueno, dénmelo a mí. Veamos, una mujer estafadora de hombres. Interesante. Los envolvía, se tomaba fotos con ellos y luego los chantajeaba... Cada día son más listas las mujeres —pronuncia un nuevo empleado del cual desconozco el nombre.

Escucho la historia, el caso me tocaría a mí, no sé por qué pero me parece conocido el tema. ¿Resolví uno igual antes? Es probable.

El hombre que me entregará el cheque aparece con gesto de benevolencia fingida, me invita a entrar a su privado, me hace firmar algunos papeles, para luego darme un documento, extiende la mano con rigor, como si fuera una leprosa, por educación lo saludo.

Salgo del bufete dolido, no han sido mis mejores días. Camino, pienso en alimentar palomas en la plaza, en hacer cualquier cosa para distraerme. En el trayecto a casa reviso el cheque, la cantidad escrita es mayor a la que esperé, me tuvieron miedo, saben de mis alcances al pelear lo que dicta la ley.

—Pinches víboras, me las chingué —vaya expresión, ser desempleada me empieza a afectar, ¿o he caminado demasiado bajo el sol?

Recuerdo el sueño, las historias trucas que encontré, ¿gente como ésa habita la realidad? No tengo respuesta. Tal vez deba observar, es una costumbre que perdí al terminar mis estudios, encerrada todo el día en el despacho, conviví con gente limitada, sus conflictos eran los mismos, circunscritos a lo mismo.

¿Cómo pude hacerme eso? Las preguntas son una constante desde ayer. Preguntas sin respuestas. El ánimo decrece conforme avanzo cuerdas y cuerdas, casi al llegar

a casa me detengo a descansar en un parque. El escenario se parece al de mi sueño, ¿había estado ese parque ahí desde hace cuándo? Recuerdo que un día lo vi y listo.

Me siento a mitad del parque sobre el pasto, la gente parece libre, llena de vida, hablan, gesticulan sin advertir a otros, cada quién vive, es todo, parece simple y me resulta fascinante.

Observo bien, cada uno puede contarme una historia con el movimiento de sus labios y ojos. Las partes que no logro entender, las invento.

Recuerdo que me gustaba inventar historias, algunas las escribí, era buena para narrar; pero no soy escritora, ¿crear para qué o para quién? Ya estoy muy vieja para empezar una nueva carrera, aunque... no tengo nada qué hacer.

Ahora puedo jugar a ser cualquier cosa y cualquier mujer, me puedo inventar historias, actuarlas y creerlas, ¿quién se atreverá a desmentirme? Nadie me conoce.

Sonrío, hay numerosos motivos para ello, estoy dispuesta a entretenerme en este juego, creo que soy creativa y cuando falte la imaginación, siempre estará la calle poblada de voces.

Índice

Una cosa	11
Homonimia	17
La felicidad sugerida.....	23
Lorena y Daniel	27
Prueba superada.....	31
Métodos obsoletos	37
¿Verdá, Juan?.....	41
Un corazón fuera del Ritz	45
Ni lo digas, Juliana	49
Negocito	53
Bajó el dólar	57
La ranura en la pared	61
Las voces	65

Las Voces

Magaly Monserrat

Este libro se terminó de imprimir el 13 de febrero
de 2015, se utilizó la fuente Bell MT.

Se empleó papel cultural.

Su tiraje fue de 1000 ejemplares.

Los relatos que integran este volumen son en realidad sorprendentes, si tomamos en cuenta que es la ópera prima de su autora. Sorprende, en primer término, la limpidez de la prosa de Magaly, también su habilidad para tramar sus historias y la sensibilidad para captar las diferentes psicologías y hablas que maneja, de acuerdo al carácter y extracción social de sus personajes. También sorprende que aborda las historias de sus textos con ironía, producto de una mirada fina y despiadada. El núcleo de los conflictos que nos cuenta es el de la contradicción que existe en las mujeres de nuestros días, que se debaten entre atavismos lastrantes y afanes de liberación; antinomia que va de los prejuicios al espejismo de una emancipación fallida.

De lo anterior se llega a que, en la mayoría, por no decir todos los cuentos, las protagonistas son mujeres y los antagonistas a veces es el hombre macho y a veces la mujer misma. La gama de vivencias, lenguajes y voces narrativas es muy amplia y eficaz. De tal suerte, que, en *La voces*, encontramos uno de esos libros que fluye de tal manera que sin darnos cuenta llegamos a la última página y lamentamos haber llegado a ese punto. Magaly Monserrat es una autora de la que podemos esperar mucho. Ojalá persista en el ejercicio narrativo, pues talento tiene y también cosas que contarnos.

Orlando Ortiz.